

Quien ha de
conocerlo que excede
de la razon la materia de
contemplar diuinas bellas
ciudades mueras N. S. P.
Bendito por la presente
Concepcion, que para los
Venustas Gloriosos de
lar y Regalar, por la de-
vacion con que autori-
zan estos cultos diuinos
nuestro Catolico Mo-
narcha. Ya por la dicha
de tener ya por la in-
la virtud de servir a esta
Portugal, magan que
las rendimos a la com-
pra de su marino
Yo (Pintura Cole-
rial) no halla en mi en-
tendimiento conceptos
marcos en mi corazon
con que hablar, porque
me archaba durante hoy
el capitulo de contra-
plar que pues despus de
tantos años de estarnos

OSCSMECAR



SERMON

DE LA SANTISIMA

VIRGEN DE GUADALUPE,

Predicado por

Agustin Rivera

EN EL SAGRARIO DE GUADALAJARA

el dia 12 de Diciembre de 1859.



Tercera edicion.

SAN JUAN DE LOS LAGOS. 1875.

SERMON

DE LA SANTISIMA

VIRGEN DE GUADALUPE

Predicado por

Agustin Rivera

EN EL SAGRARIO DE GUADALAJARA

el dia 12 de Diciembre de 1872.



Tercera edicion.

SAN JUAN DE LOS RIOS. 1872.

LICENCIA DEL ORDINARIO.

Santa Visita, Lagos, Setiembre, 30 de 1874.

De conformidad con la censura que del Sermon de la Santisima Virgen de Guadalupe, escrito por el Dr. D. Agustin Rivera ha hecho el Dr. D. Eduardo Sanchez, se concede licencia para reimprimirlo, debiendo ponerse la presente al principio de los ejemplares en la edicion que se vuelva a hacer, y remitiéndose dos de ellos a nuestra Secretaria para el archivo. El Ilmo. y Rmo. Sr. Arzobispo lo decretó y firmó.

El Arzobispo de Guadalajara,

Miguel de la Peña.
Pro-Srio.

BIBLIOTECA DE LA CATEDRAL DE GUADALAJARA

LICENCIA DEL ORDINARIO.

Santa Vilella, J. Cos. Septiembre, 30 de 1874.

De conformidad con la censure que del Sr. Don de la Santísima Vir-
de Guadalupe, escrito por el Dr. D. Agustín Rivera ha hecho el Dr.
Eduardo Sánchez, se concede licencia para reimprimirlo, debiendo
pore la presente al principio de los ejemplares en la edición que se
lva a hacer, y remitidos dos de ellas a nuestra Secretaría para el
livo. El fmo. y fmo. Sr. Arzobispo lo decretó y firmó.

El Arzobispo de Guadalupe.

Miguel de la Peña.
Pro-Sec.



México. Millones de millones de ángeles la preciosa formación en
tanques escudados. Las montañas celestiales resuenan en los
ámbros del universo y los ángeles de la América entonan la mar-
cha de la redención. Este es el que nos habla David en el
Salmo 110: *Y en aquellos días levantándose Ma-
ria fué con prisa a la montaña.*

*Exurgens autem Maria in diebus illis
abiit in montana cum festinatione.*
Evangelio de San Lucas, cap. 1, v. 39.

SEÑORES:

¿Que viaje y que visita son estos, de que nos habla el Evange-
lio de este día? Es la visita de la verdad a muchos entendimientos
entendados en las tinieblas y sombra de la muerte. Es la visita del
mas tierno amor a muchos corazones ingratos y olvidados de su
Dios. Es la visita de Maria a un gran pueblo, que se hallaba des-
honrado y afligido como Isabel, mudo como Zacarias y en pecado
como Juan Bautista. Es una pastora divina que viene a juntar su
rebaño a la sombra de la cruz, a apacentarlo en los campos de la fé
y a llevarlo a las fuentes saludables de los sacramentos. Es una
madre que viene a buscar a multitud de hijos pródigos, separados
de la casa paterna desde la dispersion de Babel, que se alimentan
con comidas de cerdos y lloran en sus desiertos por una felicidad
desconocida. Es la visita de una madre que quiere que se le edifi-
que un templo, que viene a levantar su casa en medio de sus hijos,
para reunirlos a todos bajo un mismo techo, protegerlos, educarlos,
civilizarlos y salvarlos. Y en fin, es el viaje y la aparicion de nuestra
Señora de Guadalupe en la montaña de Tepeyacac, y su santa
visita a nosotros mismos.

¡Ah! ¡Cuanto amor, cuanta gratitud inunda en este día a todo
corazon mexicano! ¡Cuanto amor, cuanto agradecimiento llena
nuestras almas al ver a Maria levantándose de su asiento immor-
tal: *exurgens Maria*: dejando su trono de serafines para venir a
nuestro triste suelo! Con cuanta fé vemos en las Escrituras los
ángeles del Eterno del cielo a la tierra, para visitar a sus pobres
criaturas! Con cuan piadosa fé contemplamos a Maria enviada
por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, a cumplir una mision
de misericordia y de amor! Ah! La Madre de Dios...

BIBLIOTECA DE LA...

cielo llena de magestad. Un querubim la trae en sus alas: en unas alas de variados colores, semejantes a las de las aves de México. Millones de millones de ángeles la preceden formados en inmensos escuadrones. Las músicas celestiales resuenan en los ámbitos del universo y los ángeles de la América entonan la marcha de la redención: ese cántico de que nos habla David en el Salmo 110: *Redemptionem missit populo suo*: mandó la redención a su pueblo. A su paso los astros que pueblan la inmensidad del firmamento se inclinan ante la primogénita de las criaturas, el sol baja a cubrirla con sus rayos y las estrellas vienen a adornar su manto verde-mar. Ella, dice el Evangelio, viene con apresuramiento, *cum festinatione*, con solicitud, con grande amor y con las lágrimas en los ojos. No la preceden el rayo y el relámpago, como en otro tiempo al Dios del Sinai, sino la luna, señal de paz y de alianza, de la alianza que viene a celebrar con un pueblo que será suyo para siempre. Los coros angélicos se preguntan asombrados: *Quæ est ista?* “¿Quién es esta Virgen hermosísima, cuya tez es morena y cuyos cabellos son negros como los de las hijas de Cuauhtemotzin y de Moctezuma? ¿cuyo talle es esbelto como las palmas de Anáhuac, y cuyos ojos son castos como los de las palomas de sus lagos?” Ellos le preguntan: “¿A donde vas Señora? ¿Vas a Roma, la ciudad eterna?” y Maria les responde: “No”—“¿Vas a Grecia, la antigua patria de las ciencias y de las bellas artes?”—“No”—“¿Vas a España, la señora de los mares, la mas rica del mundo?”—“No”—“¿Vas a Jerusalem, esa hermosa cautiva, antes cantada por David y por Salomon y ahora con sus cabellos destrenzados y su frente en el polvo?”—“No”—“¿Vas a Nazareth, vas al Monte Carmelo, tu antigua y querida morada?”—“No. Voi a un rincón desconocido del mundo, que se llama México. Voi a la nación sencilla de los *Opatas*, que habitan en Sonora bajo tiendas de pieles de cóbilo, y a la nación de los *Huastecas*, que viven en chozas de paja bajo los palmares del Potosi. Voi a la nación de los *Otomites*, que no tienen casas y que duermen en hamacas, como las calandrias cuelgan sus nidos en forma de red de los sabinos de Querétaro. Voi a la nación de los *Tarascos*, que ejercen sus artes mecánicas en Michoacán y en la sierra de Guanajuato. Voi a la nación de los *Aztecas*, que habitan en las lagunas de Mexico, en Zacatecas, Jalisco y Colima, que al son de su tamboril y de su *teponahuaxtli* y en el mas dulce de los idiomas me cantarán los loores del Testamento Nuevo. Voi a la nación de los *Totonacos*,

y usan de la circuncision, como aquellos israelitas llevados cautivos por Salmánazar, que se perdieron en los hielos de la Rusia. Voi a la nación de los *Mixtecas*, que en Oajaca edifican templos al estilo etrusco y cultivan la granja, mas preciosa que el múrice de los griegos. Voi a la nación de los *Chiapanecas*, que viven en Chiapas, que dicen ser los primeros pobladores del Nuevo Mundo y descender de un venerable anciano, que fabricó una barca muy grande, para salvarse a si mismo y a su familia en una inundación del mundo. Voi a la nación civilizada de los *Quichés*, que en Guatemala levantan suntuosísimos templos, palacios, acueductos, cuarteles de armas y colegios de educacion. Voi a la nación de los *Chichimecas*, que viven en miserables barracas en Jalostotitlan, Teocaltiche y Comanja. De todas estas y otras muchísimas naciones de diversos idiomas, costumbres, religiones y gobiernos, voi a formar una sola familia: una cosa muy grande, muy santa, muy querida, que se llama LA PATRIA, y yo seré la protectora y la madre de esta pobre Patria. Llevo retratados en las niñas de mis ojos a todos los mexicanos, llevo todos sus pesares en mi corazón y sus nombres escritos en mi mano derecha. Voi a redimir sus almas del pecado y sus cuerpos del embrutecimiento. No habitaré en los palacios de mármol de Venecia ni en los jardines de la Alhambra, sino en un árido monte. Viviré entre las rocas como la paloma, para orar y conmovér al Eterno en favor de un pueblo siempre errante y siempre desgraciado. No voi a hablar con Carlos V ni con Francisco I, sino con un indio, que no tiene mas que un toscó ayate; y en este ayate fruto del izote de sus campos, en este ayate, que es la cuna de sus hijos, sucio y hediondo por servir para cubrir la desnudez de su cuerpo, estamparé mi semblante. Y este semblante, que adoran extáticos los inmortales, será la prenda que dejaré a los mexicanos de un eterno amor.

Siguiendo el pensamiento de Benedicto XIV en la Misa de este día, os diré: que apenas la Virgen tocó con su planta esta tierra feliz, saludó a la América septentrional: *et salutavit*, y la América respondió a la salutacion de Maria con el canto de sus aves, con la música de sus torrentes, con el trueno de sus volcanes, con el gemido de sus vientos, y con los suspiros de sus almas. Y así como en otro tiempo estrechó en sus brazos a Isabel en la montaña de Hebron, así en la montaña de Tepeyacac nos abrazó a todos los mexicanos, recibiéndonos por hijos en la religion de su Santísimo Hijo. Ved aquí, cristianos, el objeto de la fiesta de este día. Este es

nidad es la solemnidad de nuestros recuerdos, de nuestras creencias, de nuestras costumbres, de nuestra historia y de nuestras gloriosas tradiciones nacionales. Esta es mi proposición: La aparición de Nuestra Señora de Guadalupe es la visita de María al pueblo mexicano para llamarlo al Cristianismo, santificarlo, civilizarlo y salvarlo. La vocación de México por Nuestra Señora de Guadalupe: esta será la primera parte. El establecimiento y propagación del Cristianismo en México y su consiguiente civilización por nuestra Señora de Guadalupe: esta será la segunda. Y para hacerlo con acierto ayúdame a implorar la gracia del Espíritu Santo por intercesión de la misma Virgen Santísima.

PRIMERA PARTE.

Cada criatura, cada nación, tiene un destino y una vocación particular. Cada una está llamada a entrar en el conjunto de los seres y en la marcha de los siglos. Nada hay aislado en la naturaleza, y la hoja que cae del árbol, el tronco que se vá en la corriente de un río, la sensación que se convierte en idea, las naciones que nacen y las naciones que desaparecen, siguen leyes perpetuas y entran en la armonía general del universo. "El ave nace para volar" dice Job, y Rafael vino al mundo a pintar la Transfiguración.

Jesucristo nos dice en su Evangelio que él es el soberano del cielo y de la tierra: *Data est mihi omnis potestas in coelo et in terra* (1). David había anunciado que el Padre daría a su Hijo por herencia a todas las naciones y por posesión toda la tierra hasta sus confines: *Dabo tibi gentes haereditatem tuam et possessionem tuam terminos terrae* (2). En cumplimiento de esta profecía, desde el principio del Cristianismo las naciones no han cesado de entrar una después de otra en la sociedad católica, en la herencia eterna del Verbo del Padre. Jesús comenzó la vocación de los gentiles con la del Centurion, diciendo: "Muchos vendrán del Oriente y del Occidente y se sentarán a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob." (3) Todos los pueblos han sido llamados al reino de Dios, muchos han entrado ya y otros entrarán en la sucesión de los tiempos, y después que haya entrado la plenitud de los gentiles, entrará también el pueblo judío: *donec plenitudo*

(1) Math. 28.—19.

(2) Salmos 2.—8.

(3) Centurio iste primus est fructus ex gentibus. (S. Juan Crisóstomo, homil. in Math.). S. Hilario llama al Centurion: *creditarum gentium princeps*. (Com.

gentium intraret, et sic omnis Israel salvus fiet (1). En diez y nueve siglos cada rebaño ha ido entrando en el redil, hasta que en la consumación de los siglos no haya más que un solo aprisco y un solo Pastor: *et fiat unum ovile et unus pastor* (2). El día en que Pedro, un pescador de Galilea, se presentó con los pies descalzos y una tosca cruz de madera en la mano, al pie del Capitolio de los Césares, fué el día de la vocación de Roma. El día en que Pablo, un curtidor de Tarsis, se presentó en medio del Areópago, fué el día de la vocación de la sabia Grecia. El día en que María se dejó ver en un pilar en Zaragoza, fué el día de la vocación de España. El día en que la cabeza de S. Dionisio cayó al golpe del hacha de los druidas bajo las encinas de Paris, fue el día de la vocación de Francia. El día en que el monje Agustín abrió sus labios por la primera vez en las orillas del Tamesis, fué el día de la vocación de Inglaterra. El día en que Santo Tomás, solo, a pie, sin armas, sin dinero, llegó hasta Meliapur, adonde no pudo llegar Alejandro, fué el día de la vocación de la India. El día en que el jesuita Juan María de Salvatierra tocó su flauta por la primera vez en los desiertos del Paraguay, atrayendo con esta melodía a los indios, a la santidad y dulzura de la vida civilizada (3), fué el día de la vocación de la república modelo del Paraguay. El día en que Elías, saliendo de su misterioso retiro, se presente al pueblo de Israel con la lira de diez cuerdas en la mano, invitándolo a edificar de nuevo su templo y a venir a cantar otra vez bajo las viñas de su patria, será el día de la nueva vocación de los judíos (4). Y en fin, el día en que Nuestra Señora de Guadalupe apareció en una montaña con las manos juntas ante el pecho, fué el día de la vocación de México.

Ah! En los primeros siglos muchos pueblos remotos enviaron al Vicario de Jesucristo el pan eucarístico en testimonio de que en todas partes se consagraba un mismo pan, y él lo echaba en su cáliz y lo comía en prueba de unidad con todas las iglesias. (5) Solo la América nunca mandó su pan a la mesa del Padre de familias, por que, apesar de venir del Asia, ni aun conocía el trigo,

(1) Rom. 11—25 y 26.

(2) Joann. 10-16.

(3) Pedro Joux, Cartas sobre la Italia, carta 7.º

(4) Elías quidem venturus est, et restituet omnia. (Math. 17-11)

(5) "El Señor instruyó a sus discípulos, diciéndoles, que Elías debía venir antes de su segunda venida a restablecer todas las cosas, esto es, a obligar a los judíos a que entrasen en el camino de la verdad y de la justicia, y a que reconociesen a su Libertador". [Scio, nota al verso 10 de dicho cap. 17.]